

MARTA REBÓN

**El complejo
de Caín**

*El «ser o no ser» de Ucrania
bajo la sombra de Rusia*

DESTINO Referentes

Volumen 10

© Marta Rebón, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

© de la fotografía de Vasili Grossman, Archivo personal de Fiódor Gúber

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir las imágenes publicadas en esta obra. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar, identificar y recabar la autorización de los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado y se corregirá en ediciones posteriores.

Primera edición: junio de 2022

ISBN: 978-84-233-6181-6

Depósito legal: B.7.486-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91702 1970 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Los zarpazos del oso	9
El complejo de Caín	13
El capote ucraniano de Gógol	35
Chéjov en Issy-l'Évêque	41
El fuego y el hacha	79
Carta a Grossman	87
Biblioteca personal	123

Los zarpazos del oso

Para Rusia, una Ucrania soberana y europea, y por lo tanto «no rusa» y «no rusificada», amenaza su papel en ese espacio ambicionado llamado *ruski mir* (mundo o universo ruso), complica sus anhelos internacionales y compromete su sentido de la seguridad, y además la obliga a revisar su identidad histórica. El encaje de Ucrania en Europa ha desvelado dos percepciones enfrentadas que encarnan Rusia y Polonia, cada uno de estos dos países con unas relaciones históricas distintas con su vecino. Para el segundo, Ucrania es la llave que resignifica Europa del Este y desencadena la desimperialización de Rusia. Según las palabras atribuidas al político y escritor ucraniano Volodímir Vin-nichenko (1880-1951), «la democracia rusa termina donde empieza la cuestión ucraniana».

En el fundamento de esta cuestión durante el Im-

perio ruso prevaleció el anatema de la emancipación del pueblo ucraniano. Ya desde los ucases de la segunda mitad del siglo XIX contra la enseñanza, la edición y el uso público del ucraniano, la supresión de su identidad se convirtió en un objetivo prioritario. Por eso, la región de Galitzia, cuando perteneció al Imperio austrohúngaro, se convirtió en una suerte de Piemonte cultural y disidente, y tanto la literatura como la política tuvieron un espacio de desarrollo propio. La represión en la zona bajo el dominio de la corona rusa no hizo sino azuzar la ucranización. En palabras del historiador Alexei Miller, «la historia de Rusia puede contarse como una historia de mal gobierno y sus consecuencias». Tanto los ucases como el Holodomor, la anexión de Crimea o la guerra en el Donbás son acciones de Moscú que han provocado el efecto contrario al buscado, lo que viene a confirmar esa amarga verdad: la historia enseña que no se aprende nada de ella.

Esa historia, por la parte polaca, no ha estado exenta de tensiones con Ucrania, que ha polarizado en ciertos periodos sus relaciones. En este sentido, la memoria de la masacre de decenas de miles de pola-

cos, en su mayoría civiles de Volinia y la Galitzia Oriental, durante la Segunda Guerra Mundial, es uno de esos episodios que dificultaron la reconciliación. Pero, aun así, perduró en la intelectualidad polaca la creencia de que una buena vecindad con Ucrania, Bielorrusia y Lituania eran las bases de la paz europea, sinónimo a su vez del fin del largo periodo imperial ruso.

El complejo de Caín

El inicio de *Anna Karénina* —«todas las familias felices se parecen; las desdichadas lo son cada una a su manera»— es especialmente apropiado para hablar de la historia de los pueblos eslavos. De igual forma, las diferentes tesis que ahora, en retrospectiva, tratan de explicar la invasión de Ucrania son desdichadas cada una a su modo, sobre todo si aspiran a ser la panacea. Las hay para todos los gustos: en realidad este conflicto no tiene que ver con Ucrania, sino que en la agenda oculta se busca un cambio del orden mundial; es el réquiem que entona la repudiada Rusia después de intentar formar parte de Europa durante siglos; Rusia debe entenderse como una civilización en sí misma, es algo más que un antiguo imperio, y merece ser tratada como tal; Ucrania se había convertido en una amenaza potencial para los intereses de Rusia, o,

cuando menos, para los rusófonos que residen allí; la OTAN no cumplió su palabra y jugó con fuego con su temeraria ampliación hacia el Este; el acercamiento de Ucrania a las democracias liberales planteaba un desafío para el personalismo de Putin; los despliegues militares y los conflictos armados contra un supuesto enemigo son un recurso para desviar la atención de los problemas internos o para remontar la pérdida de apoyo social, etc. Como afirmó Karl Schlögel en *Entscheidung in Kiew. Ukrainische Lektionen* [Hora de decidir en Kyiv: Lecciones de Ucrania] (2014), «la situación interna de Rusia apenas sale a relucir en el debate occidental, a pesar de que los conocimientos, la experiencia y la bibliografía sobre el tema están al alcance de todos. Resulta más fácil interpretar las políticas de Putin como reacción y consecuencia de las amenazas externas».

En una obra anterior, el historiador alemán afirmaba que todo gran proyecto o esbozo de futuro tiene su traducción espacial. Desde el inicio de la invasión de Ucrania y el intento fallido de la toma de su capital, hemos vuelto al tiempo de los mapas. De repente, Ucrania ha emergido con voz propia y estentórea en

el espacio mental europeo después de siglos a la sombra de Moscú, y ya no como mera portadora de ese apelativo maldito que lo califica de «granero» de Europa. Su fértil *chornozem*, la tierra negra que cubre un 40 por ciento de su extensión, ha sido una bendición y una condena a la vez, la condición de posibilidad para que arraigara una tradición agrícola duradera y lo que la ha convertido en objeto de deseo, paraíso o infierno terrenales, según el año del que estemos hablando. El *chornozem* es un cinturón de vida que se extiende desde Siberia y los montes Urales, atraviesa las regiones del Volga, Kubán y el Don, abraza una gran parte del territorio ucraniano y luego continúa, en una franja más estrecha, por el Danubio, coloreando Rumanía, Moldavia, Hungría, Serbia y Bulgaria.

Que lo que les sucede a las naciones se explica a partir de la geografía era algo evidente para Nikolái Gógol, como atestiguan sus apuntes para su proyectado tratado de historia de «nuestra única y pobre Ucrania». Situada en un espacio de frontera, constituye un lugar privilegiado para entender el mundo, pues es en los espacios de fricción donde los distintos relatos, mitos nacionales incluidos, se miran a los

ojos. En esa misma época, el poeta polaco Adam Mickiewicz impartía un curso sobre los pueblos eslavos en el Collège de France, y redundaba en la idea de Ucrania como *pays-de-frontières*: la región donde colisionan Asia y Europa. También recurría al léxico bélico: Ucrania como «campo de batalla» y «punto de encuentro de ejércitos de todo el mundo». En realidad, las fronteras son trazos sobre lo que antes era un folio en blanco. Una cordillera, un río o una costa no significan el principio ni el final de nada. Como invenciones humanas, se prestan a debates infinitos. Los límites, a menudo artificiales y arbitrarios, llevan la marca de la violencia y el colonialismo. Con su fina ironía, Szymborska se burlaba de las fronteras nacionales que impunemente cruzan las nubes, los granos de arena, las sepias, la niebla, el polen de las estepas, y concluía: «Solo lo que es humano sabe ser verdaderamente extranjero». Ver al extranjero como un potencial súbdito o como responsable de todos los males está en el origen de no pocos desastres a lo largo de la historia. Como dijo Julia Kristeva, «el extranjero vive dentro de nosotros», y el problema surge cuando las fronteras se afianzan, monolíticas, en el espacio mental.

Imagínese que una mañana, durante el almuerzo, alguien va a cortar el pan fresco y se encuentra lo que parece (y es, en efecto) una nariz. Y que, en ese preciso instante, en otro rincón de la ciudad, un funcionario se mira la cara en un espejo de mano y, para su sorpresa, se da cuenta, tanto por el reflejo como al palparse, de que donde debería estar la nariz hay un hueco liso, absurdo. Pero, si le resulta difícil figurarse semejante cuadro, no se preocupe, pues ya lo hizo Gógol. Y, por si eso fuera poco, aún fue más allá al insuflar vida a esa nariz, que se dedica a pasear por la capital del imperio «haciéndose pasar por consejero de Estado», el mismo cargo al que aspiraba el desnarigado. La mente fabuladora de Gógol creó un texto sobre dos tipos de ansiedad: la ansiedad social por ascender en la rígida *Tábel o rángaj* (Tabla de rangos) de Pedro I, que estipulaba la organización del servicio civil, militar, eclesiástico y de la corte en la Rusia imperial, y que sobrevivió hasta 1917; y la ansiedad poscolonialista, dado que una parte —la nariz como metonimia— se independiza del cuerpo y pugna por una existencia propia.

En *El resentimiento en la moral* (1912), el filósofo

alemán Max Scheler ahondó en el «síndrome de Weimar», que se da cuando las humillaciones del pasado se convierten en motor de acción política. Hay un pasaje en el que menciona el conflicto que surge entre el «impulso de venganza, odio, envidia y su expansión, por una parte, y la impotencia, por otra». Y es por este conflicto interior por el que se alcanza un punto crítico cuando «los afectos toman la forma del resentimiento». Scheler señala que los parlamentos tienen la función de diluir esas emociones y de deshacerse de ellas para que no tengan consecuencias perniciosas. Ese es uno de los peligros de las democracias «a lo Potemkin» como la rusa, cuya escenografía incluye un parlamento que aplaude o recrimina al unísono. En el mismo párrafo, el lector encuentra la siguiente nota a pie de página: «Ninguna literatura está tan llena de resentimiento como la joven literatura rusa. Entre los personajes de Dostoievski, Gógol o Tolstói abundan los resentidos. Este fenómeno es una consecuencia de la secular opresión a la que ha estado sometida el pueblo ruso por las sucesivas autocracias, así como de la imposibilidad de derivar los afectos suscitados por la autoridad en un parlamento y una

prensa libres». Así es: en el panteón de las letras rusas figura un nutrido club de resentidos que va de Akaki Akákievich (*El capote*) a los dostoiévskianos hombre del subsuelo, Smerdiakov (*Los hermanos Karamázov*) o Goliadkin (*El doble*), pasando también por Iván Voinitski (*El tío Vania*), etc. Según la literatura científica, para que el resentimiento se interiorice es necesario el trabajo de la memoria, porque es la que sustenta la renovación del sufrimiento causado por el trauma original. De este modo, se vincula el resentimiento a un pasado convertido en presente perpetuo que eclipsa el futuro. Antes que Scheler, Nietzsche teorizó sobre el resentimiento como una emoción propia de la moral del esclavo.

Si de algo ha carecido Rusia a lo largo de su historia ha sido de libertad, sentenció Vasili Grossman en *Todo fluye*, desde los siglos de la servidumbre hasta el control burocrático de la *propiska*, el sistema obligatorio de registro en el lugar de residencia que, con modificaciones, se mantiene hoy. Las limitaciones de las libertades, en este título de Grossman, alcanzan extremos inhumanos en la Ucrania de los años treinta, que denota un marco mental colonialista:

«Moscú fijaba unas cuotas de producción a las regiones [...] Se veía que tenía todas sus esperanzas depositadas en Ucrania. Y fue sobre todo contra Ucrania contra la que más tarde se desataría su ira». El silenciamiento del Holodomor descrito por Grossman da cuenta del grado de coerción al que ha estado sujeta Ucrania. Como explica Oksana Zabuzhko en *Palimpsesto ucraniano* (2013): «La identidad poscolonial de mi país se ha construido no a partir de una gran historia, como en el caso de Polonia, sino por relatos familiares dispersos. Nada de lo que ocurrió en nuestro país después de 1933 se escribió en los libros de texto, sino que se transmitió en los hogares. La investigación sobre la Gran Hambruna solo se permitió a partir de 1991, casi sesenta años después». Igual de irreparable fue la aniquilación en la misma época de la llamada generación del «Renacimiento fusilado», que se corresponde con la represión brutal de la cuarta generación ininterrumpida de intelectuales ucranianos. «La cuarta generación no es solo la que reproduce una tradición cultural, sino que le da una nueva calidad. Una de las condiciones fundamentales para la creación de nuevos fenómenos culturales, científí-

cos, etc. es la necesidad de una continuidad, al menos de tres generaciones», añade Zabuzhko, que apunta también a la generación de los sesenta (los *shestidesiátniki*) como el penúltimo intento de restablecer esa continuidad, también quebrada a lo largo de la dura rusificación durante el Estancamiento. En este sentido, la catástrofe nuclear de 1986 fue una gran sacudida para la conciencia política: «Menos de un mes después de lo ocurrido en Chernóbil se respiraba en el ambiente que Ucrania se había liberado del miedo al mito imperial [...] el poder del Kremlin, considerado por la mayoría de los habitantes de la URSS como eterno, resultó endeble. [...] Solo a partir de mi generación podemos hablar del inicio de una nueva continuidad, si la historia esta vez nos ayuda».

El pasado de resistencia de la lengua ucraniana es un espejo de la historia de su propia identidad. Desde la Edad Moderna, el camino transitado por el ucraniano desde que se diferenció de su forma anterior, el antiguo eslavo oriental, ha estado determinado por las presiones de sus poderosos vecinos, cada uno con un imperio detrás: Polonia por el oeste, los otomanos por el sur, Rusia por el este. Cuando en

1654 los cosacos zapórogos firmaron el Tratado de Pereyáslav para conseguir la protección del zar Alejo I se necesitaron traductores. Pero es desde 1764, momento en que Catalina II abolió el Hetmanato cosaco, cuando bien se coarta la cristalización del ucraniano como lengua estándar, bien se fuerza vía regulaciones y normativas filológicas su aproximación al ruso, para así poder considerar el ucraniano como una mera variante o dialecto –o ruso corrompido por el polaco– restringido al uso privado, y de paso diluir el espíritu de sentimiento nacional. Supuso la consolidación del destierro del ucraniano de la vida social y administrativa desde la derrota del líder cosaco Iván Mazepa en Poltava (1709).

Dos fechas marcan ese proceso de discriminación, que corresponden a la promulgación de dos medidas durante el reinado de Alejandro II, la circular de Piotr Valúeiv (1863) y el ucace de Ems (1876), como respuesta a las tensiones derivadas de la emancipación de los siervos y del Levantamiento polaco. Mediante la circular se prohibió toda publicación en ucraniano menos las literarias, porque se trataba de frenar la proliferación de libros de texto. Incluía la

afirmación: «Nunca ha existido por separado la lengua pequeñorrusa, ni existe ni existirá». El segundo todavía ataba más en corto y prohibía cualquier publicación, salvo la reimpresión de documentos antiguos. Luego se incluiría la prohibición de las traducciones del ruso y la literatura infantil. A esto se añadió el asentamiento de un gran número de rusos en el sur y, en el siglo XIX, se extendió al resto de las regiones, sobre todo las más industrializadas. Por eso, hasta que no se derogaron estas medidas en 1905, los escritores tuvieron un papel preminente en que no se rompiera la evolución de la lengua y en su fortalecimiento, pues al no tener ninguna institución que la respaldara, no fijó su variante estándar ni su ortografía. Y así lo expresó en 1907 Iván Frankó, una de las figuras intelectuales más relevantes, según quien el ucraniano debería basar su codificación a partir de sus autores centrales. La aparición de la lengua estándar ucraniana moderna comienza con la *Eneida* (1798) de Iván Kotliarevski, la primera obra escrita en la lengua vernácula ucraniana, una adaptación humorística o parodia del texto de Virgilio. Abrió el camino para el florecimiento del ucraniano literario durante el pe-

riodo del romanticismo (décadas de 1820 a 1840), que se halla principalmente en los textos de Tarás Shevchenko, Panteleimon Kulish o Hryhory Kvitka-Osnovianenko, etc. Sin embargo, esa creciente revitalización quedó interrumpida por la Primera Guerra Mundial y los cambios de fronteras entre el Imperio austrohúngaro y el ruso.

El inicio de la era soviética trajo consigo la llamada *korenizatsia* (indigenización), que impulsó el desarrollo cultural de las distintas nacionalidades como una forma de integrarlas en el «estado multiétnico». La década de 1920 supuso un breve lapso de florecimiento y estudio de la lengua y la identidad ucranianas, con la aparición de diccionarios y textos educativos, y la fijación de una ortografía (Járkiv, 1927). Pero duró poco, pues Stalin revirtió traumáticamente este proceso: la marcha atrás en la ucranización coincide con la colectivización, la Gran Hambruna (Holodomor) y la aniquilación de la mayor parte de la intelectualidad ucraniana con una campaña de rusificación de la ortografía, la gramática y el léxico para hacer del ucraniano una lengua más próxima al ruso y carcomer su individualidad. Ni siquiera la muerte del dic-

tador soviético trajo la distensión de la imposición idiomática. Las políticas de dominación lingüística duraron hasta 1989, cuando el ucraniano se declaró la única lengua oficial, a la vez que se dotaba de protección constitucional al resto de las lenguas habladas, lo que se refrendó posteriormente en la Constitución de 1996. Después del periodo de consenso respecto a la protección legislativa del ucraniano, a partir de la presidencia de Víktor Yanukóvich (2010-2014) volvió a ser un motivo de polarización política.

El sueño de cualquier guionista aficionado a los giros argumentales se cumplió hace tres años con la llegada de la primavera, cuando el actor Volodímir Zelenski se convirtió en presidente de Ucrania tras arrebatarse el cargo al veterano Petró Poroshenko. El partido del actual jefe de Estado no podía llevar otro nombre que el de la serie que lo había encumbrado, *Servidor del pueblo*, popular ficción televisiva que supo captar el hartazgo de los ucranianos con su clase política y con su delicada situación económica: antes de la pandemia, el mayor número de visados concedidos en la

Unión Europea fue para ucranianos, sobre todo por parte de Polonia, adonde anualmente emigraban cientos de miles en busca de mejores perspectivas laborales. Así, la ficción traspasó la pantalla –como en la película *La rosa púrpura del Cairo*, obra de otro cómico de origen judío– y tomó el papel principal en la realidad.

La otra fuente de descontento entre la ciudadanía era la guerra en el Donbás, que llevaba cinco años enquistada y suponía un constante enfrentamiento político e informativo con Rusia que, por otra parte, no era nuevo, sino que se remontaba a la Revolución naranja. Las movilizaciones políticas –algunas exitosas, otras fallidas– tanto en Ucrania como en Bielorrusia, Moldavia, Georgia o Kirguistán pusieron en alerta a la cúpula del Kremlin. Por su lado, Rusia llevaba un tiempo haciendo el viaje opuesto: con una opinión pública, medios de comunicación y oposición política amordazados, la realidad se iba identificando poco a poco, decreto a decreto, con una ficción, algo en lo que suelen incurrir los Gobiernos de partido único, aunque su apariencia sea formalmente la de una democracia. Como parafraseando un pasaje de *El Maes-*

tro y *Margarita* de Mijaíl Bulgákov, el opositor y ex-candidato a la alcaldía de Moscú Iliá Yashin aludía al concepto de «democracia especial» de la que se enorgullece cierta Rusia, cuando una democracia solo puede serlo o no, y al igual que el pescado no puede distinguirse por diferentes grados de frescor, pues, cuando se hace, suele ser para enmascarar que está podrido. El escritor de Kyiv, que con su imaginación supo representar mejor que nadie el estalinismo, aprovechó la asociación entre «extranjero» y «enemigo» para caracterizar al diablo, de visita en Moscú, como un excéntrico turista, sin que sus interlocutores, por el acento, puedan adivinar si es polaco, alemán, francés o inglés.

El adjetivo comodín *spetsiálnaia* (especial) se emplea para referirse a aquello que no debe juzgarse según las reglas establecidas, como una excepción a la norma, y así eufemísticamente lo usa el Kremlin —y, por extensión, sus cadenas de televisión públicas— para complementar la denominación «operación militar» en Ucrania, único término válido en Rusia para referirse a la guerra. Lidia Chukóvskaia indagó en su novela *Sofia Petrovna* (1940) en las consecuencias ín-

timas de aceptar la propaganda y abrazar la doctrina de un Estado autoritario sin cuestionarlas. Esa madre cuyo nombre da título a la obra, prototipo «de aquellos que creyeron en la sensatez y en la justicia de lo que sucedía», recibe una carta de su modélico hijo, represaliado sin razón aparente, en que la informa de su injusta situación, algo que pone en conflicto el instinto materno y las declaraciones del fiscal y la prensa, dos posturas antagónicas e irreconciliables que acaban por causar la quiebra mental de la mujer. En una reacción que recuerda hoy a la de los familiares y amigos que no dan crédito a las llamadas y mensajes de conocidos y parientes en Ucrania, en que les comunican la invasión y los bombardeos, Sofia Petrovna, en un acto de negación de la realidad, quema la carta del hijo hasta reducirla a cenizas. Entre el grupo y la conciencia personal, acaba venciendo la presión del primero.

El nuevo símbolo propagandístico del Kremlin, «Z», me remite al apellido del escritor ruso Yevgueni Zamiatin. Entendida esa inicial como expresión pública de adhesión al colectivo probélico —un «nosotros» cohesionado frente a una amenaza externa—

por el hecho de estar *za* (a favor) del ejército ruso o de la victoria (*za pobedu*), «Z» refleja también el orgulloso optimismo que emanó de la victoria en la Segunda Guerra Mundial y derivó en una suerte de *pobedobesie* (obsesión con la victoria y su celebración) que apuntaló un estado de «lucha permanente contra el mal». La novela distópica más estudiada se titula precisamente *Mi* [Nosotros] (1921), firmada por Yevgueni Zamiatin, y bien puede leerse como una prefiguración de las democracias iliberales y de las autocracias en un futuro indeterminado, aunque fuera George Orwell —su reseña de *Nosotros* se publicó en 1946— quien se llevara el mérito con su *1984*. Cercado por un gran Muro Verde al otro lado del cual viven nómadas insurgentes como en el mundo de los «antepasados», Zamiatin describió un nuevo Estado surgido de una posguerra en el que la población ha cedido su libertad a cambio de una felicidad colectiva y «matemáticamente infalible» que se pretende exportar a otros planetas. Por supuesto, para que esto sea factible, en el Estado Unido de Zamiatin no hay libertad de expresión —el único medio de comunicación es *El periódico del Estado*— y a los disidentes se les extirpa la imagina-

ción o, en casos extremos, se los tortura en la Campaña de Gas. Además, se habla un lenguaje simplificado, directo y sin adornos, parecido al de las fórmulas científicas. Si bien cada cierto tiempo se organizan elecciones, vence invariablemente el Gran Benefactor. Todo elemento potencialmente disruptivo de esta estabilidad artificial será perseguido, como le acaba ocurriendo al leal protagonista, el ingeniero D-503 (ya no existen los nombres propios), cuando se enamora (sentimiento censurado) de una disidente.

El sistema de hipervigilancia que explora la novela nos recuerda un dato curioso: fue precisamente en territorio de la actual Bielorrusia donde se concibió el panóptico, ese modelo arquitectónico al servicio de la vigilancia perfecta que Michel Foucault utilizó como metáfora del control social. Su diseñador, Samuel Bentham, observó en las iglesias ortodoxas la disposición central del icono de Cristo, que hacía que todos los feligreses sintieran su mirada. Lo principal, aun así, no era asegurar una supervisión permanente, sino inocular la angustia de estar siendo continuamente observado. La última ola represiva de Lukashenko, que aplastó la disidencia y purgó la sociedad

civil sin miramientos después de las últimas elecciones fraudulentas, incluso cuando las protestas se desarrollaron de forma pacífica en las calles, contó con el respaldo granítico de Vladímir Putin. La deriva autoritaria en Bielorrusia ha devuelto a los países vecinos la memoria de qué significa, utilizando terminología propia de la Guerra Fría, estar dentro de la zona de influencia rusa.

La retórica del «nosotros» es esencial para la cohesión de un Estado que basa su razón de ser en la promesa de seguridad, estabilidad y supervivencia. En Rusia, este traza una larga línea bajo la forma de *samoderzhavie* —tipo de autocracia que fusiona el despotismo oriental de herencia mongola, el cesaropapismo de corte bizantino y el absolutismo ilustrado europeo—, que se remonta al Gran Principado de Moscú y se desarrolla durante la época imperial asociada al mito de Moscú como la Tercera Roma, es decir, imbuida de una gracia divina. Pedro I la elevó a doctrina oficial, gracias a lo cual no debía rendir cuentas a nadie. Fue este emperador de la dinastía Románov quien creó el primer cuerpo de policía profesional, que le ayudaría a aplicar sus reformas, y se concibió

como un puntal imprescindible de la administración del Estado, pues se consideraba «el alma de la ciudadanía y de toda buena práctica», tal como se recogió en el Reglamento de 1721. Hay que subrayar que la línea no se cortó en 1917, sino que se adaptó a la dictadura del proletariado, y luego, tras los temerarios años noventa (*lijie devianosti*) de la era Yeltsin, se perfeccionó en el siglo XXI con la llegada al poder de Putin. Bastaba dar un paseo últimamente por el centro de la capital rusa para comprobar cómo año tras año crecía la presencia de cámaras de seguridad —se cuentan ahora más de cien mil—, la mitad con herramientas de reconocimiento facial.

El primer asesinato de la Biblia, que es además un fratricidio, ocupa un solo versículo. En la versión que consulto son unos ciento veinte caracteres. Cabría en un tuit y aún sobraría espacio. Con cuatro verbos se narra de forma expeditiva un tipo de crimen que preferimos, por ser entre hermanos, excluir de la imaginación, porque, si lo normalizásemos, el mundo se percibiría como un lugar demasiado horrible. Los

vínculos de consanguineidad nos procuran la ilusión de que, en la más profunda desesperanza, habrá esa mano tendida a la cual aferrarnos. Por tanto, cuando Caín le pide a su hermano pequeño que vayan juntos al campo, Abel le sigue sin sospechar nada. O si lo sospechaba, prefirió no hacer caso a su intuición. Tal vez incluso se avergonzara de su desconfianza. En apenas cuatro capítulos del Génesis ha dado tiempo a crear el Universo, expulsar a los primeros moradores del Paraíso y cometer un asesinato a sangre fría. Lo que mal empieza, dice el refrán, mal acaba.

Más allá del móvil del crimen, está la acción en sí misma y sus consecuencias. Curiosamente, en hebreo, «crimen» y «castigo» se expresan con la misma palabra. Con semejante trama Dostoievski habría podido escribir una extensa novela. De hecho, ya lo hizo con la historia del estudiante que nos habla de esos individuos «extraordinarios» que se arrogan el derecho de cometer crímenes en pos de una idea, sea cual sea el coste de vidas, vistas como meros «obstáculos» para su aplicación. El mito bíblico de Caín y Abel arroja luz sobre lo que ocurrió este 24 de febrero. Como dijo Zelenski, «se olvidan de nosotros [los

ucranianos] cuando hablan de la victoria sobre el fascismo, pero en otras ocasiones recuerdan que somos pueblos hermanos. Me parece que no es fraternal obrar así; más bien es como la historia de Caín y Abel».